

Los silencios de Suárez

Alejandro Muñoz Alonso

El presidente del Gobierno y líder de UCD es un adepto de aquella norma clásica según la cual el silencio es oro. Sus manifestaciones son escasas y muy espaciadas. Su estilo de gobernar es, desde el punto de vista a los ciudadanos, lejano, distante, casi remoto. Se le sabe allá, entre las brumas de la Moncloa, se adivina su mano en todas las grandes decisiones porque nadie ignora que «Suárez manda mucho». Pero salvo en sus periodos de vacaciones, Suárez es, posiblemente, el gobernante más escondido de Occidente.

En una democracia, las relaciones entre gobernantes y opinión pública no pueden limitarse a las campañas electorales. Y no basta tampoco que los ministros y otros funcionarios mantengan contactos (que, por cierto, en nuestro caso son también escasos y poco clarificadores). Quien es gobernante por antonomasia se debe a sus gobernados y éstos piden, con todo derecho, que se les informe. En cualquier país de nuestro entorno, por ejemplo, una decisión tan importante como el programa económico habría requerido la comparecencia del presidente ante la opinión pública que también hubiera querido una explicación, al más alto nivel, de los Estatutos vasco y catalán o de los últimos eventos de nuestra política exterior.

En una reciente encuesta se constataba que la popularidad de Suárez, como la de los demás líderes políticos, había descendido. Puede que en el caso de muchos de estos políticos —y se podían dar nombres— el descenso de popularidad se deba a su verborrea. Pero por lo que se refiere a Suárez nos atreveríamos a decir que son sus silencios su causa más evidente. La democracia empezó aquí con aquello de «habla, pueblo, habla», pero su consolidación será muy difícil si nuestros gobernantes, y sobre todo el primero, no aprenden la lección de la palabra.

D16 - 18-IX-79